

UN VESTIDO PARA EL DÍA MÁS FELIZ DE MI VIDA

Por Gabriela Revazar Acosta

De pequeña no podía encontrar una sábana blanca, una tela o un pedazo de velo mal puesto porque empezaba la diversión. Me casé con todas mis amigas, reales e imaginarias, y armé una pataleta cuando me tocó hacer de San José en el acto de navidad porque no tendría ni vestido ni velo. Fui cortejo en el matrimonio de todas mis tías y de todos los amigos de mis padres que se casaron. Pedí, siendo ya una mujer adulta, tener un *bouquet* en el cortejo de mi primo porque quería entrar en una iglesia sosteniendo un ramo de flores y no estoy ni remotamente cerca de casarme. Tengo lo que todas las revistas de mujeres anglo parlantes llaman *wedding brains*.

¿Cómo podría ser distinta? En algún lugar de mi cerebro tengo alojada la idea desde hace muchos años de que el matrimonio es el fin último y la felicidad. Por eso decidí comenzar a preparar desde ya mi gran día: hice una cita en Pronovias para poder pensar y escribir como si estuviera cercana, inminente, al altar.

Mis padres dicen que casarse no tiene ningún mérito. Yo los entiendo. Con una tasa de divorcios que roza el 50% en países como Estados Unidos y después de ver cómo los matrimonios de sus hermanos y amigos colapsaron, después de asistir a innumerables enlaces 40-20 y metidas de pata, comprendo su enfoque meritocrático de la vida. Yo todavía creo en el matrimonio como institución social. No solo creo en él, lo quiero. Por ello, tengo toda mi vida planeando cómo será el día en el que por fin sea yo el centro de atención.

La industria de las bodas nos ha hecho creer que el llamado gran día será el día más feliz de nuestras vidas y por ende todo, absolutamente todo, tiene que salir perfecto.

Pero de todo lo que te puede ofrecer una empresa para tu boda, probablemente lo más importante es el vestido de novia. Esos metros de organza, tul y encaje a los que las revistas de chismes le dedican tanto centímetro cuando se casa una celebridad, los que tu abuela guarda celosamente en su closet con la infertil fe de que alguna de sus nietas usará el mismo con el que ella le dio el sí al padre de sus hijos. Esos mismos vestidos que se tienen que custodiar a toda hora por la Guardia Real cuando va a ocurrir un enlace en una monarquía europea, como pasó antes del matrimonio de Kate Middleton con el Príncipe William, para evitar que la prensa se enterara de quién fue el afortunado diseñador en confeccionar un traje que será imitado hasta el infinito.

En Venezuela, lo más cerca que puedes estar en bolívares fuertes a las pasarelas europeas lo consigues en la sede caraqueña de la marca española Pronovias. Previa cita, te atienden todo el tiempo que sea necesario para que, de un catálogo de 120 vestidos, preselecciones 15 y termines escogiendo solo cinco modelos que te probarás en vivo y en directo.

Cuando llegué a la tienda ya tenía una idea general de lo que quería. Mucho encaje, cero pedrería; corte a la cintura, nada a la cadera; falda amplia, prohibidos los trajes de sirena.

Ponerse un vestido de novia requiere de asistencia y de amplio conocimiento de las leyes de Newton. Cualquiera pisada en falso puede condenar toda tu dentadura a un hermoso recuerdo y dejarte una linda cicatriz en la frente o una fractura que tarde meses en sanar. Después del proceso de entrar, bajar tela, subir tul, acomodar falda y —la más importante— cerrar y ajustar el vestido, verse por primera vez vestida “de punta en blanco”, no con una sábana ni con una tela, sino con un diseño de verdad, es sentir que todas esas versiones tuyas: la niña del cortejo, la que jugaba sola, la que se pegaba a las vitrinas de las tiendas en Europa, la que chillaba por ser San José y no la Virgen María, se reivindicaban en un instante.

Con ese primer vestido sentí lo que siempre pensé que sentiría en ese momento. Ninguna de las princesas, reales o ficticias, era más hermosa y perfecta que yo. Todo el vestido, desde el escote hasta la falda, me hacía sentir lista para salir y gritarle al mundo que creo en el amor eterno.

Tseélon, en un estudio que hizo sobre cuánta atención le prestan las mujeres a la ropa que usan, determinó que el grado más alto de autoconciencia del aspecto propio se manifiesta en ocasiones especiales como bodas o situaciones laborales porque son situaciones que están por encima del plano individual y se ven como prácticas sociales y culturales. Es decir, el mundo entero espera que estés en tu mejor versión para el gran día.

Es muy difícil encontrar el vestido ideal la primera vez que te pruebas uno. Yo tuve que probarme cuatro distintos hasta encontrar uno que quedase perfecto. Pero ya para ese momento estaba saturada de blanco, de quitar y poner, de detallar escotes y pedrerías, del encaje, de las faldas. Probándome los primeros sentí que usé temporalmente el puesto de alguien más, que usé su fantasía por diez minutos y que estaba tocando algo muy especial que simplemente ni era mío ni me correspondía.

Sin embargo, el quinto, debo reconocer, lo tenía todo: la falda como yo siempre la soñé, el escote perfecto, el encaje simplemente hermoso. El velo que me prestaron para “tener una mejor idea de cómo se vería” hizo que la gente en la tienda se detuviese a decirme lo hermosa y perfecta que me veía, cosa que no ocurrió con ningún modelo anterior.

Me veía en el espejo y sabía que no iba a encontrar en El Área Metropolitana de Caracas nada que me quedase mejor que aquello. Pero algo se sentía raro, inadecuado. Quizás era el cansancio. Le comenté cómo me sentía a la asistente de ventas que me estaba ayudando en todo el proceso. Le dije que a veces creía que lo mejor era ponerme algo más sencillo, sin tanto armador, y casarme solo con mi familia y mis amigos en algo más íntimo. “Lo vas a usar solamente una vez en tu vida: es tu día”, me respondió.

En ese momento me di cuenta de que ese en realidad no es mi día. O al menos yo no quiero ya que lo sea. Quiero que mi matrimonio sea para celebrar que conseguí a alguien especial con quien decidí unirme frente a la sociedad, la ley, su iglesia, la mía, quien sea, y hacer una promesa de construir una familia basada en nuestros valores y siéndonos fieles. No es mi día, es el de los dos.

Sí, no puedo negar que con el vestido blanco de princesa me sentí muy especial. Pero no dejaba de hacerme esa pregunta en mi cabeza y más aún cuando me coltizaron los dos vestidos que quería. Por mi primera opción, uno del diseñador Ellie Saab, tendría que pagar la módica suma, en tres cuotas, de medio millón de bolívares. Por el otro, con velo y chaqueta de encaje incluidos, casi 150 mil: setenta sueldos mínimos.

Entre la duda en mi cabeza y la delicada cartulina con los precios en mi mano, recordé cómo la carroza de la Cenicienta se convertía en calabaza y sentí que mi eterna fantasía del vestido de novia perfecto había, por los momentos, llegado a su fin. El matrimonio ya no es el final feliz de un largo proceso de desembolsos, peleas, pruebas de trajes, confecciones y la búsqueda de ese vestido perfecto que tengo tantos años confeccionando en mi cabeza. Es el principio de una etapa nueva que definitivamente no quiero que comience bajo la premisa de que solo será mi día.

LA MAYORÍA

Por Gabriela Benazar

Nunca he sido tirapietra. Tengo 14 de mis 23 años viendo situaciones que se repiten como los reruns de una comedia de los noventa: medidas económicas, tasas de violencia que crecen sin parar, delincuencia, marchas con bailoterapias, paros petroleros, discursos, conversaciones eternas sobre política en almuerzos familiares con trago de whisky en mano que terminan siempre en lo mismo. "Me iría demasiado", "Así no se puede vivir", "Tocamos fondo".

Los últimos meses han sido especialmente convulsos en Venezuela. El día de la toma de posesión del presidente para su nuevo mandato, decidí ir a la congregación oficialista que se hizo en su honor. Sabíamos que él no estaría para cumplir con el primer requisito constitucional de la juramentación. La palabra utilizada por los dirigentes del gobierno fue "formalismo" y se sustituyó la ceremonia tradicional por la juramentación de todos sus seguidores, con la consigna: "Chávez somos todos".

Siempre se me vendió la idea de que Chávez ganaba por irregularidades del Consejo Nacional Electoral. También vi hasta el cansancio cómo, desde dirigentes de la oposición hasta amigos y vecinos, decían que esas marchas las llenaban obligando a los funcionarios públicos a asistir y trayendo autobuses del interior llenos de seguidores de Chávez.

Desde el metro, ya esas teorías empezaban a cobrar vida cuando tenía sentados a mi lado en el vagón a un grupo de estudiantes liderados por dos mujeres extranjeras. Mientras más nos acercábamos a la estación, más y más gente que también iba a la concentración se subía. En ese momento me percaté de que, aunque la presencia de las mujeres extranjeras llamó mi atención, eran ahora una sustancial minoría.

Cuando te bajas y caes directo en una masa gigantesca de gente que te mueve —quieras o no— en la dirección de la mayoría, sientes como si un huracán te estuviese halando. La noción de tiempo y espacio se anulan ante los ruidos, imágenes y olores que te rodean y cambian por segundo. Salir del huracán cuesta, pero a veces lo más fácil es quedarte en él hasta llegar al destino final.

Decidí bajarme. Quedarme ahí hubiese implicado perderme de lo que ocurría en los catetos y solo estar en el camino de la hipotenusas. Necesitaba verlo todo, necesitaba sentir que esa ligera sospecha que tuve en el metro de que todo lo que yo creía era erróneo era solo una primera impresión.

Caminar por la Plaza Bolívar ese día me hizo percatarme de los grupos de personas que asisten: sí, había funcionarios públicos, los distingues porque tenían una cara de querer ir a sus hogares (u oficinas, cualquiera de las dos era mejor que ese calor y alboroto) y estaban más preocupados por entrar en los comercios del centro a ver las ofertas que por investirse de rojo de pies a cabeza o declarar ante cualquiera de los medios de comunicación presentes.

Sin embargo, cuanto más te alejabas de la plaza menos veías al pequeño grupo que no parecía querer estar ahí y el huracán te volvía a arropar. A medida que nos acercábamos al palacio de gobierno, todas mis creencias se iban derrumbando.

Toma unas cinco cuadras llegar hasta un poco más allá de Puente Llaguno. En cada una de las calles estaba dispuesta al menos una tarima con alguien distinto animando el encuentro, afirmando su compromiso con el socialismo o reproduciendo música, desde joropo hasta reggaetón.

Todo lo que yo quisiese llevarme ese día lo conseguía gratis. Camisas de apoyo al presidente, bandas presidenciales de papel, afiches, termos, boinas, vuuzelas, almuerzos más completos de los que me dan en mi casa, cerveza y demás material POP. Recordé los cien bolivares que pagó mi hermana por su gorra de la campaña de Henrique Capriles Radonski; recordé los diez bolivares que pagó una amiga por su pulsera de tela de "Hay un camino" y entendí que contra el presupuesto del PSUV nadie puede competir.

Llega un punto en que la realidad, por más que la queramos evadir, nos golpea. Al pasar las cinco cuadras me di cuenta de que esa mayoría, con la que quizás yo no comparto ni veo todo el día y en todos lados, existe. Esos ocho millones de votos que le dieron al presidente un mandato más, aunque no estuviesen en cuerpo ese día, estaban en espíritu.

Constitucionalistas, abogados, jueces y politólogos se debatieron por la legalidad y legitimidad de lo que ocurrió. De acuerdo o no, lo que pude sentir es que ese día se quebró algo. Pero aquí, rodeada de gente, entendí que era la voluntad de la mayoría.

Si bien esto es una realidad, escuché con temor cómo, para respetar esa supuesta voluntad, la Constitución era solo "una referencia".

Llevo años sintiéndome amargada por la política venezolana; por querer vivir en un país cuyo deber ser —para mí— es el que predica una minoría, al menos electoral. Por querer buscar la noción de lo que yo creo que es progreso.

No abandonaré mis ideas, pero sí creo que reflexionar sobre lo que quiere la mayoría me dará una noción mucho más amplia de cómo hacer crecer al país, de cómo abandonar la polarización y crear vínculos para construir lo que al final queremos todos: un mejor país, con oportunidades y prosperidad para todos.

El viaje de regreso lo hice en silencio. Se acababa de romper la burbuja en la que tenía años viviendo y necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había percibido. La celebración, la pasión con la que se cree en el proceso del presidente Chávez, el hecho de que la mayoría de la gente que estaba ahí lo hizo por convicción fueron más de lo que podía manejar en ese momento.

No creo que nada de esto implique que debo integrarme a una militancia e ideología política que no comparto. Tampoco creo que es razón para dejar de luchar por los atropellos a los derechos humanos que sufren a diario muchos o a tolerar los niveles de delincuencia y asumirlos como normales. Lo que sí creo es que para tener el país que quiero estoy empezando por entender a los demás.

CARACAS POR UNA MAGALLANERA



Por Gabriela Benazar Acosta

No tendría más de diez años y lo recuerdo como si hubiese pasado hace menos de un mes. Los Bravos de Atlanta, el equipo más *mainstream* de los años noventa en las Grandes Ligas, venían a jugar dos partidos de exhibición en el Universitario de Caracas contra las Mantarrayas de Tampa Bay. Todos los ojos del mundo estaban puestos encima de Andrés Galarraga y su primer juego después del cáncer que le habían diagnosticado meses antes.

Sentada en las gradas del universitario con mi papá y mi hermanita comenzó el público a gritar como un rugido cuando presentaron a los Bravos y nombraron a Galarraga. Más de cinco minutos consecutivos estubo de pie la fanaticada aplaudiendo y silbando en honor a nuestro grandeliga del momento. Él tenía los ojos aguados y yo también, hasta que a los cuatro minutos con cincuenta y nueve segundos un grupo de fanáticos rompió la magia del momento cuando, desde la esquina del *left field*, lanzaron el cántico más popular del equipo capitalino: "León, león, león, león".

"Caraquistas tenían que ser", dijo mi papá mientras dejó de aplaudir y se sentó mal encarado hasta que comenzó el partido.

Esa noche ganaron los Bravos, lanzaron cohetones en el estadio como en el cierre de una presentación de Servando y Florentino y todos nos fuimos felices a casa. Si me preguntan cuánto a cuánto quedó el juego, no sabría responder; mi recuerdo más importante de ese día fue el regreso de Galarraga, cánticos caraquistas incluidos. Ese día comprendí que no importa la ocasión, siempre iba a haber un "leonático" escondido, así fuese debajo de una piedra, al acecho para arruinar mis recuerdos de la pelota.

Una de las características de este equipo, además de ser patrocinante oficial de unas cuantas desgracias y varias glorias de Magallanes, es que desde su origen se proyecta como "el equipo propiedad de". Hoy día todos sabemos que son parte de los activos de la Organización Cisneros, mismos propietarios de la Cervecería Regional y Venevisión (El Club de los Tigritos siempre me pareció un vehículo de adoctrinamiento caraquista, con su mascota que sospechosamente se parecía a la del equipo).

Su fundación, en 1942, fue producto una transacción comercial que el mismo equipo narra: "Jesús Corao, conocido promotor deportivo y ejecutivo de la Cervecería de Maiquetía, le planteó al accionista mayoritario de la Cervecería Caracas, Martín Tovar Lange, que la ocasión era propicia para adquirir el estadio San Agustín y fundar un equipo con la misma fórmula del Royal Criollos, con el cual el propio Corao cosechó innumerables éxitos en las décadas de 1920 y 1930".

Después de esta aseveración, la historia que reseñan los Leones en su sitio web y en los libros de la Fundación Corao, cuenta cómo se le adquirió a Santiago Alfonso Rivas un estadio en San Agustín del Paraíso por 800 bolívares de los viejos que llevó el nombre de la cervecería, y cómo el resto ha sido historia.

RECONOCERSE ENTRE FANÁTICOS

Sí, historia. 21 títulos y dos Series del Caribe, la segunda, una herida que no ha sanado para muchos magallaneros. Pero, a pesar de eso, no se puede dejar de sentir la inyección de capital que vuelve al equipo una fraternidad de consumidores y de gerentes de marketing deportivo, una suerte de Real Madrid, versión criolla.

También está aquel fanático que, cuando tenía trece años y estaba estrenando mi gorra de la suerte, golpeó el capó del carro de mi mamá cuando salíamos del universitario y nos gritó: "Lleve esa carajita pal zoológico de Caricuao". Solo recordar eso me hace querer empezar a llevar la Lopna al estadio.

Si se busca bien se consigue un caraquista con quien se puede conversar con tranquilidad sobre la trayectoria del equipo capitalino. Alguien que cuando le preguntas por qué va al estadio todos los años llueva, truene o relampaguee te responde diciéndote que se siente en comunión con su roster, que Urbano Lugo es su súper héroe principal y que es más importante llevar a Omar Vizquel y a Andrés Galarraga al Salón de la Fama que resolver el problema de armas químicas en Siria.

Con esos fanáticos comulgo. Una vez que logras quitarte la camiseta y la gorra y reconocer los pros y contras de cada lado, entiendes por qué te gusta tanto el llamado deporte nacional; porque no hay nada más sabroso que conversar con una cerveza de cualquier marca, da igual, sobre números, jugadas, ídolos y memorias indelebles en el colectivo venezolano.

También comulgo con varios jugadores de sus filas. La lista es bastante larga, pero para hablar de algo más contemporáneo debo admitir, y no a regañadientes, que el *no hitter* robado de Armando Galarraga me ofendió más que un insulto a mi mamá; que cuando Bob Abreu jugó en los Yankees pasé meses en secreto queriendo la camiseta azul marina con el 53 estampado en la espalda; que los infinitos Guantes de Oro de Vizquel me generan más sentimiento de pertenencia a la cultura deportiva de mi país que el Deportivo Táchira en cuartos de final de la Libertadores; que el cáncer de Andrés me puso a rezar genuinamente para que volviese al terreno, y que quedé con hambre de su cuadrangular número 400. También confieso que, muy en lo profundo y secretamente, estoy enamorada de Orber Moreno.

Pero mi equipo es el mejor del mundo, y lo es más cada vez que le gana al Caracas. Puede barrer con 20 carreras a los Tigres, a las Águilas, a Cardenales o a quien sea, pero me gusta más cuando le gana, así sea por la mínima y en extra inning, a los Leones. Creo que por mucho que me gusten los juegos de los Tiburones de La Guaira, solo los coliseos romanos le hacen competencia a lo que se siente estar en un Caracas- Magallanes en el universitario. Creo que en el medio de esta eterna discordia entre quién sabe más, quién gana más y quién es el mejor y por qué se encuentra uno de los pilares centrales de mi amor al deporte.

¿POR QUÉ SOY MAGALLANERA?

En mi familia siempre se vio beisbol. Mi abuelo materno era fanático de los Yankees de Nueva York y de los Tiburones, pero murió poco después de que yo cumplí ocho años. Mi otro abuelo, al igual que casi todos sus hermanos e hijos, era magallanero y en su casa fue donde vi mi primer juego de pelota. Es parte de mi historia.

Mi papá puede que no sea una biblia en deportes, probablemente yo sé a mis veintitrés años más que él de todas las disciplinas; pero cuando era pequeño jugaba para los Leones de Prados del Este y sabe, aunque no tenga los lentes puestos o solo esté escuchando por radio, cuando un *umpire* se equivoca cantando un *strike* como bola y viceversa. Él fue quien me llevó a mi primer juego de pelota, a mi segundo, a mi tercero y a mi cuarto. Él fue quien me regaló un bate de goma cuando yo tenía menos de diez años con la esperanza infructuosa de que aprendiese a batear. También fue mi papá quien me dijo la verdad más universal que he escuchado en mi vida: "El Niño Jesús es magallanero", porque el espíritu de mis navidades no podía ser de otro color.

Mi mamá y sus hermanas, fanáticas de La Guaira, se quejan todas las temporadas de mi mal gusto deportivo al escoger un equipo tan complicado como Magallanes; lo que ellas no ven es que yo no decidí ser magallanero por un proceso racional y analítico, lo soy porque me da todavía un sentimiento de pertenencia, una conexión extemporánea con mi papá, mi abuelo y mis primos y recuerdos que para mí son mucho más importantes que un palmarés de títulos y el liderazgo en una serie particular contra otro equipo que por casualidades de la vida juega en la ciudad en la que nací.

EL MENSAJE DE LA

MAU

Por Gabriela Benazar

DENTRO DE UN PANORAMA CULTURAL COMPLICADO, SURGEN FIGURAS QUE APUESTAN POR EL RESCATE DE LO NACIONAL. ÁLVARO PAIVA ES UNO DE ESOS HIJO PRÓDIGOS QUE SIEMPRE RETORNAN AL HOGAR. COMO GESTOR DEL MOVIMIENTO ACÚSTICO URBANO, PROFESA UN AMOR QUE PARTE DE LO ACADÉMICO HACIA LOS RITMOS QUE DEFINEN A VENEZUELA

Fotos: Josema González

Por ello decidió convocar a los músicos con los que coincidía en géneros y espacios y crear así la Movida Acústica Urbana. Pasaron de tocar los miércoles en Discovery Bar, a los conciertos de Rock and MAU el año pasado. Su próximo encuentro con la ciudad será el cuatro de abril en el Teatro Teresa Carreño, donde presentarán el disco producto de los encuentros con los rockeros venezolanos.

"AMABA LA MÚSICA ANTES DE SABER LEER"

Álvaro estudió Computación en la Universidad Central de Venezuela después de graduarse de bachiller a los dieciséis años. "Mi papá trajo una computadora a la casa cuando yo tenía siete y ocho años y mi hermano me enseñó a programar ese mismo día que nos la trajeron. Siempre me gustó".

"Desde niño amaba la música, incluso antes de saber leer. Pasaba horas frente al *pick up* con disco de acetatos en play. Me encantaba, me parecía fascinante cómo la música podía cambiar el estado de ánimo ". Su repertorio estaba en constante actualización ya que con bastante frecuencia su mamá lo llevaba a dos discotecas muy famosas en Sabana Grande, Archivo Musical y Discotienda de Oro, y le compraba discos de rock.

"Le empecé a pedir al niño Jesús una guitarra, pero él tenía otros planes y me traía juegos de química, que me encantaban, y balones de fútbol. Una vez tuve una piñata de guitarra, pero nunca me trajo el instrumento".

Unos meses después de entrar en la universidad, Álvaro se compró una guitarra y empezó a dedicarle más tiempo a la música que a las computadoras. Pasó años escuchando a un amigo suyo del liceo que tocaba Silvio Rodríguez y desesperado decía: "Yo quiero tocar como él".

Todo empezó con un mensaje de texto que decía: "Nos vemos en el Movimiento Acústico Urbano". Desde enero de 2007, cuando se envió dicho mensaje, la Movida Acústica Urbana (MAU) cambió de nombre pero no de espíritu. Le ha regalado a Caracas cientos de encuentros con músicos que tocan temas originales basados en la tradición venezolana, influenciados por el Jazz y todo lo que oye un caraqueño. C4-Trio, Kapticúa, Cabijazz, enCayapa, Los Sinvergüenzas y todos los músicos que de una forma u otra estaban haciendo música venezolana decidieron unir esfuerzos y regalarle a la cultura venezolana las melodías que les pertenecen.

Álvaro Paiva Bimbo, músico y promotor cultural, fue el autor de ese mensaje. Después de pasar varios años tocando con su grupo Kapticúa se percató de la necesidad de unir esfuerzos: "Cada uno estaba haciendo cosas por su lado, vamos a unir esfuerzos. Más que ser un manifiesto como la Bauhaus, era una cosa práctica".

En la UCV, a la que él define como un "hervidero cultural", aprendió desde arreglos populares hasta cómo acompañar a un cantante. "Con un poquito de esfuerzo me gradué de las dos cosas: de músico y de computación", explica.

A los pocos días de graduarse en la UCV, empezó a trabajar para una transnacional. Aunque tenía un sinfín de comodidades, como poder llegar tarde a la oficina, en shorts y llevar su guitarra y tocarla, Álvaro no estaba feliz. "No quería pasar el resto de mi vida encerrado en una oficina". Un amigo suyo le sugirió irse afuera a estudiar música y no tuvo que insistirle demasiado.

Buscando en internet, encontró la Manhattan School of Music en Nueva York y se mudó para estudiar el pregrado de Guitarra Clásica y Composición. Si bien produce sus propias canciones porque sabe cómo manejar los programas a la perfección, la música ya lo alejó para siempre del encierro y los horarios de oficina.

LA NUESTRA

De los infinitos géneros musicales que existen, los venezolanos son siempre parte de los discursos estéticos de la MAU. Según Álvaro, son más de 200 géneros diferentes los que se tocan en nuestro país.

"Podemos tocar música brasilera bien, Jazz decente y música clásica también. Pero los brasileiros tocarán su música mejor que nosotros, los alemanes tocan Bach mejor que nosotros porque es suya, es su tradición. La música de Venezuela es la que nos puede permitir tener un discurso coherente, único".

Un par de años después de empezar a estudiar Guitarra, Álvaro escuchó a Ensemble Gurrufío tocar y quedó prendado. Ese fue el punto de no retorno. "A medida que uno va creciendo en la música te vas enterando de la riqueza de la música venezolana, es muy divertida, picara, sabrosa para tocar, exigente. Creo que a cada uno de



ACORDES SINGULARES

UN SUEÑO:

Festival de Jazz de Montreal.

UN GÉNERO ETERNO:

Jazz.

UN JAMÁS:

Vallenato comercial.

SI TU VIDA SE RESUMIESE EN UNA CANCIÓN ¿CUÁL SERÍA?:

"Al lado del camino" de Fito Páez.

UNA CANCIÓN DE DESPEDIDA:

"Esta canción" de Silvio Rodríguez.

los miembros de la MAU les llegó por diferentes vías el amor por la música venezolana. Nos ha tocado investigar y estudiar; hay poca documentación pero están los discos, los maestros a los que les preguntamos, vamos a los pueblos a ver cómo se toca eso y aunque empiece sonando horrible terminamos dando con la nota".

Si dentro de unos veinte años, alguien recuerda la Movida Acústica Urbana como un espacio de encuentro entre distintas generaciones, gustos musicales y culturas; si la recuerdan como aquello que le acercó a la música venezolana, como en su momento le pasó a Álvaro con Ensemble Gurrufío, y le dejó un poquito más de amor por lo nuestro, su misión estará cumplida.

EXPO

TATTOO

2013:

REAFIRMAR
LA TINTA

Por Gabriela Benazar

fotos Josema González

EN BÚSQUEDA DE LA AUTENTICIDAD ALEJADA DE LOS MOLDES CONVENCIONALES DE BELLEZA, EL TATUAJE SE DIFUNDE ENTRE PERSONAS DE DIFERENTES TRAYECTORIAS. CADA VEZ MÁS LEJOS DEL RECHAZO, MIENTRAS PERSIGUE SU TOTAL ACEPTACIÓN

REDEFINIENDO LA BELLEZA

Los tatuajes existen desde hace miles de años. Los romanos se cubrían el cuerpo con símbolos para ir a la guerra, en la islas del Pacífico lo hacen aún hoy en día para representar los legados familiares y en Egipto encontraron momias con remanentes de lo que parecen tatuajes.

En los espacios del CCCT, mucho más amplios que los de las convenciones anteriores, se reunieron más de trescientos cincuenta tatuadores de todo el mundo para romper el mito alrededor del arte corporal. Emilio González, organizador del evento e imagen de Tabú Latinoamérica, insiste en que los tatuajes son una realidad y que las reservas que existían a su alrededor terminaron; sin embargo, historias sobre autoridades y prejuicios aún son comunes.

Si existe una cultura de tatuajes dentro de los sistemas penitenciarios y los grupos armados como Mara Salvatrucha en El Salvador, pero también están los músicos, artistas, ingenieros, economistas y educadores que se tatúan como una forma de expresión personal, ya sea con tatuajes conmemorativos, diseños que representan los sistemas de creencias, gustos, linaje familiar, tradición o lo que al individuo le plazca.

Los organizadores de Expo Tattoo y sus invitados fueron entusiastas cuando hablaban sobre romper los cánones de belleza. Para ellos, el arte corporal no es ni debe ser más o menos hermoso que el a veces cansón estereotipo de la belleza ganadora de concursos. Caminar por los pasillos de Expo Tattoo es un chequeo de realidad.

Sara Heit es una mujer argentina de veintitantos años. Mide al menos un metro setenta, tiene el cabello negro y los ojos almendrados. Es tatuadora en Roots Tattoo. Bino es de las Islas Polinesias y tiene la mitad de su cara tatuada con símbolos de su familia que han pasado de generación en generación. María José, la mujer diablo, es abogado y lucha por los derechos de las mujeres víctimas de la violencia doméstica en México. Las mujeres de Demons Girls son un grupo de modelos y bailarinas que manifiestan luchar contra "los fenotipos de belleza" y los prejuicios. Una de ellas lleva una frase de Cien años de soledad tatuada en el muslo.

Ninguno de ellos podrá ser candidato a Miss o Mister Universo, pero la autodeterminación, el amor al arte, a la tradición y al prójimo son actos de belleza con una repercusión enorme y perdurables en el tiempo. Integran más de lo que excluyen, mal del que padecen ellos mismos a diario.

Después de conocerlos a ellos, ¿importa lo que digan jefes, padres, amigos y vecinos sobre el arte corporal?

Contra la creencia de que los tatuajes y piercings son una etapa propia de la rebeldía adolescente, en Expo Tattoo sobran hombres y mujeres adultos que decidieron modificar sus cuerpos y eso no les impide realizar sus trabajos, sino los hace felices.

"TODOS ESTAMOS LOCOS"

Matt Gone es de Oregon, Estados Unidos, y era chef. Trabajaba, tenía novia y amigos y una vida feliz hasta que el síndrome de Poland, que lo acompaña desde su nacimiento, empezó a hacer estragos en su cuerpo.

"Me tatué cuando mi cuerpo se comenzó a deformar para tapar las cicatrices. Estaba muy deprimido y necesitaba dejar de sentirme discapacitado", afirma. Su pectoral izquierdo y los nervios de sus manos comenzaron a fallarle y tuvo que dejar su trabajo para comenzar tratamientos médicos. El síndrome de Poland tiene como particularidad que evita la producción de masa muscular en el torso. En el caso de Gone, comenzó por disminuir su pectoral izquierdo. Hoy día es posiblemente la persona con más tatuajes en el mundo. Tiene 99% de su piel tatuada, además de los ojos, la lengua y parte de su mucosa bucal.



Matt Gone ya no es chef. Las insuficiencias renales que sufre más el síndrome con el que nació lo obligan a hacerse tratamientos con frecuencia. Sus médicos dijeron que en cinco años ya el único riñón que le queda no va a funcionar más. Para él los tatuajes comenzaron como una cura para no sentirse distinto y se convirtieron en su forma de llamar la atención hacia las distintas organizaciones y asociaciones de enfermedades renales de las que es imagen.

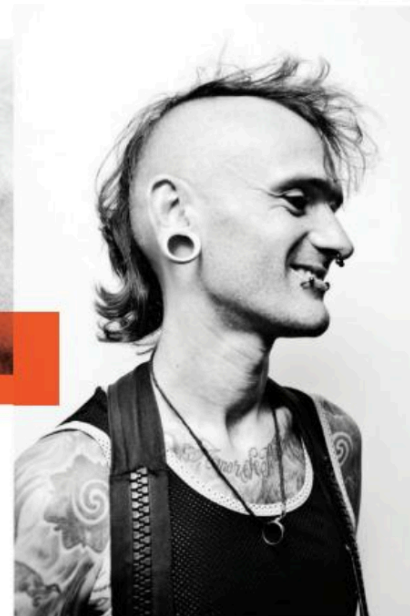


ASUMIENDO LA DIVERSIDAD

Él está consciente de las alarmas que puede disparar al salir a la calle y enseñar un cuerpo que, prácticamente, no muestra ni un centímetro de piel sin pigmentarse. Sabe que lo llaman loco, pero a él no le importa. "Ya sea porque te tatúas todo el cuerpo o porque gastas fortunas en carros último modelo para superar la crisis de mediana edad, todos estamos locos, solo que cada uno lo está a su manera, y esta es la mía".

Abogados que son seres mitológicos, chefs que son tableros de juego y estudiantes que son bailarinas con exóticos colores de cabello. En este evento, más allá de poder ser tatuado por artistas de todos los husos horarios, el atractivo se concentra en observar a personas que decidieron que querían que cuerpos expresasen distintas facetas de su personalidad y en sus esfuerzos por hacerlas válidas.

El cuerpo también comunica: la piel, el cabello, la ropa y los accesorios. La diferencia radica en que quitarse una camisa es mil veces más sencillo que quitarse un tatuaje. Cuando se toma la decisión de alterar el cuerpo se hace, generalmente, porque es una expresión de la personalidad de la que no te quieres despojar jamás.



Observando a los asistentes, en Expo Tattoo resuena Almodóvar. El cineasta, en el monólogo de Agrado en *Todo sobre mi madre*, expresa a la perfección un lema que podría ser el de los asistentes: "Una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma".